

TOCAR UN LUGAR

Carmen Cebreros Urzaiz

Ciudad de México, septiembre 2024.

Es difícil categorizar el trabajo de Ana Esteve Llorens pues, en él, negocia los problemas plásticos y la historia de tres ámbitos distintos: la antropometría, el diseño y el textil. Sus lienzos revelan su estructura, para recordarnos su estatus como objetos móviles que han sido anclados a la arquitectura, gracias a un cuerpo que los ha trasladado y situado. Estos gestos evidencian un legado reflexivo del minimalismo —muy presente, pero rearticulado en la obra de la artista— en donde la condición “objeto” está dada por una afinidad de escala entre cuerpos inertes (esculturas) que se atraviesan en los tránsitos de aquellos otros cuerpos perceptores. Podemos considerar Sin título (Modularis Naturae), un conjunto de módulos que comparten una relación matemática basada en la proporción áurea partiendo de la medida de la altura de la artista, como la llave de entrada hacia Tocar un lugar.

La aplicación del número áureo (1,618033988749894) como principio compositivo para generar una impresión armónica y de gravedad, sumado al uso exclusivo de colores primarios, son estrategias en la historia del diseño y el arte, con las que Ana concentra nuestra atención hacia los matices y las infinitas sutilezas del proceso artesanal en que se sustenta este conjunto de obras. Instruida de inicio en el campo de la ingeniería (uno que persigue la optimización de procesos, escalar el rango de intervención humana y efectuar cálculos precisos que anticipen la transformación del mundo material), esta artista parece buscar en el textil un medio con el que interpelar, desde un proceso de integración sensible, la eficiencia a la que aspira su disciplina de origen. Al mismo tiempo, suaviza la rigidez de las relaciones entre materiales y espacios planteadas por la tradición minimalista, mencionada antes.

Las once obras que integran Tocar un lugar resultan de una residencia, realizada por la artista durante junio y julio de 2024, en la Escuela de Artesanías (en la Ciudad de México), bajo la guía de la profesora Beatriz Rodríguez. Esta escuela, de carácter público, pertenece al Instituto Nacional de Bellas Artes, y desde 1980 procura la formación directa, expedita y especializada de técnicos en distintos procesos artesanales como la cerámica, la ebanistería, la joyería y, por supuesto, los textiles en telares. Esta experiencia como investigadora visitante es la segunda para Ana, a una década de haberse entrenado durante un semestre en esta misma sede (2014).

Tocar un lugar alude a la conexión háptica que permite a Esteve Llorens hacer consciente el proceso de estar, habitar y volverse parte de un espacio, más que físico, afectivo desde su hacer.

La investigación que da vida a esta muestra está atravesada por una minuciosa elección de herramientas y materiales y, cada uno de éstos, por fases de intensa experimentación y aprendizaje, determinantes de cualidades plásticas clave en este cuerpo de trabajo. Los elementos textiles de las obras han sido ejecutadas en un telar de pedales, también llamado colonial, porque se puso en uso en la Nueva España en el

siglo XVI. Hasta la fecha una amplia red de artesanos mexicanos lo sigue empleando.

A partir de una urdimbre de algodón, Ana tejió tramas con hilo de cáñamo europeo, teñido con tintes naturales locales mexicanos. El cáñamo es una planta originaria de Asia, cuyo aprovechamiento sistematizado data desde el siglo I d.C. Resiste más a las plagas y requiere menos agua para su crecimiento respecto del algodón. Es además icónico de las provincias de Valencia, Alicante y la región de Andalucía. Sin embargo, en el siglo veinte su cultivo se vio disputado y hasta proscrito ante la prohibición de la cannabis medicinal y recreativa. Estas telas se presentan aquí con la orientación con que fueron entramadas en el telar.

El amarillo ocre, color dominante en *Tocar un lugar*, dio pauta para definir una paleta de primarios, pues las primeras madejas fueron teñidas con Zacatlaxcalli un tinte natural de

fácil recolección en localidades cercanas a la Ciudad de México. Esta planta parásita, de rudimentarias y efímeras raíces, crece como una red de fideos encima de ciertas hortalizas y arbustos. En términos evolutivos, este vegetal ha dejado de hacer fotosíntesis pues asimila todo el carbono y nutrientes de su hospedador y, por eso, su coloración ha devenido en intensamente amarilla. Al ser su propagación silvestre, resulta imposible anticipar la saturación de ocre que ofrecerá, pues ésta depende de los químicos absorbidos de la otra especie. Sus hilos frescos deben machacarse, hervirse y colarse para después impregnarse mediante otro hervor en los hilos a tejer. La accesibilidad de la corteza del árbol Palo de Brasil en mercados de la ciudad dictó la

presencia del magenta. Para obtener el colorante, estas virutas deben permanecer en remojo por treinta días antes de hervir. Dependiendo del Ph del agua, de los contenedores utilizados y de la exposición al sol en el secado de los hilos, resultarán tonalidades que van del anaranjado y rojo, hasta el morado intenso. La gama de rosados atestigua las distintas temporalidades de los materiales puestos a interactuar.

Indudablemente, la obtención más compleja es la de tonos índigo. Este es un procedimiento en desaparición (aunque algunas familias lo mantienen en estados como Oaxaca en el sur de México). La sustitución de esta materia prima por otras altamente industrializadas y tóxicas es, precisamente, de donde las anilinas toman su nombre. Este color se extrae del follaje de la planta de añil sometido a un laborioso proceso en una serie de piletas al aire libre, construidas ex profeso, por las que va transitando el agua en cada paso: hidratación, oxigenación, colado y obtención de una pasta, que se petrifica y rehidrata cuando se hierven las fibras para teñirlas. Para incluir esta gama, la artista empleó este colorante en roca.

Tocar un lugar es una meditación entre la cenestesia de un cuerpo en expansión y acción en distintos sitios de trabajo (los talleres y la galería), y la fineza motriz y perceptiva que se juega en los incontables microespacios, acaso apreciables, entre la trama y la urdimbre.

Texto publicado con motivo de la exposición "*Tocar un lugar*".